

EL SENTIMIENTO RELIGIOSO EN LAS ODAS DE HORACIO

Por LORENZO RIBER

HUJO de un liberto, en un burgo rupestre, pegado a un flanco del monte Vulturo, lindero de la Apulia, nació Horacio, nombre no dicho hasta entonces, nombre oscuro votado a la gloria. Con él nació este nombre que el hijo del liberto remontó hasta el cenit, y con él este nombre descendió en rápido poniente. Horacio fué el primero de los suyos y el último de los suyos. El empujó su propia promoción. El subió en hombros de sí mismo a una de las más envidiables fortunas literarias que en el mundo han sido.

A orillas del Aufido, el Ofanto de hoy en el paterno agro, el niño Horacio vió transcurrir sus primeros años e inició su numen lírico. Aquí vió horizontes anchos y escaló cumbres claras, y bebió vientos libres y aguas frescas que corren con sonido. Y fué aquí, en las escarpaduras del Vulturo, que las divinidades rústicas le marcaron con una consagración augural.

El poeta lo recuerda en su magnífica oda *A Caliope*, que Fray Luis de León interpreta así :

*En el monte Vulturo
do me crié, en la Apulia, fatigado
en mi niñez, de puro
jugar, todo entregado
al sueño, me cubrieron
unas palomas que sobrevinieron,*

*de verdes hojas : tanto
que a todos admiró, cuantos la sierra
y risco de Acaranto
y la montuosa tierra
de Bata y de Fiñano
moran el abundoso y fértil llano.*

*En ver cómo dormía,
ni de osos ni de víboras dañado,
y cómo me cubría
de mirto al amontonado
y de laurel un velo,
que este ánimo en un niño era del cielo.*

*Por el alto Sabino
vuestro soy, vuestro, oh musas, y doquiera
que vaya, o si camino
a Tibur en ladera,
o si al Penestre frío
o si al Bayano suelo el paso guío...*

Con aquel beso que las Musas le pusieron en la frente en el monte Vulturo, ańduvo siempre por el mundo del tańedor de la lira romana. Aquella iniciaci3n primera imprimi3 para siempre jam3s en su 3nimo y en su numen la preocupaci3n religiosa. Porque recibió aquella unci3n inicial pudo legítimamente llamarse «Sacerdote de las Musas».

Ciertamente existen en Horacio pasajes lúulentos que nuestro pulcro y probo Quintiliano no hubiera querido interpretar; pero no está vinculada en ellos la bronceína perennidad de su obra. En su lira abundan mucho más las cuerdas recias y sanas. Es de bronce esta lira cuando ensalza y estimula las viejas virtudes romanas hechas de piedad y de austeridad. Esta lira es de marfil, y, como la quiso su divino inventor, es *amica templis*. Esta lira es amiga de los templos.

El espíritu religioso que en Lucrecio fué el pavor del Tártaro, y en Virgilio fué una ternura precristiana y una esperanza mística en una edad de oro venidera, fué en Horacio, mas que emoción profunda, amor del canon o de la regla. No obstante, la emoción sincera se acusa en muchas odas de una manera inequívoca.

No es menester doblar muchas hojas para encontrarnos con uno de estos momentos de sincera devoción religiosa y patriótica. Al asesinato de Julio César sucedieron guerras, muertes y fieros males, que se encarnizaron sobre Roma. Júpiter ha enviado a las tierras asaz de nieve y de granizo, y con su diestra enrojecida ha fulminado haces de rayos sobre los sagrados edificios de la ciudad aterrada. Teme aquel siglo impío que no vuelva aquel otro siglo terrible y primitivo que anegó en corrientes bravas y torvas a lo hombres recientes. Y el poeta levanta al cielo airado, en ademán de orante, los ojos, los brazos y la voz :

*Quem vocet divum populus ruentis
Imperi rebus? Prece qua fatigent
virgines sanctae minus audientem
carmina Vestam?*

El religioso Virgilio, en este mismo riguroso trance, invocó sobre la ruina del imperio romano a Rómulo, a la madre Vesta, a los dioses indígenas. Horacio vuelve su voz a los padres de Roma, Apolo, Venus y Marte :

*Ven, pues, oh favorable
Apolo, anunciador del alegría;
descubre el agradable
rostro hermoso, y un alegre día
vestido de una blanca nube envía.*

*Oh tú, Venus graciosa,
si te place, demuestra el bello riso
donde el amor reposa
y do el amor alegre nacer quiso,
que vuelve el mundo en dulce paraíso.*

*Y tú, Marte encendido,
los ojos vuelve al pueblo que engendraste,
que despreciado ha sido,
en quien tu brava furia apacentaste;
tan largo juego ya de espada baste.*

Envuelta en el blando son de las flautas del órgano litúrgico, que tan suavemente saben mecer las estrofas sáficas del *Ut queant laxis resonare fibris* y del himno de los santos Confesores: *Iste confessor, Domini colentes*, pudiera parecer poesía cristiana esta estrofa horaciana, hecha a devoción de Mercurio, padre de la palabra, inventor de la lira y pastor del leve rebaño de las almas:

*Tu pias laetis animas reponis
sedibus virgaque levem coerces
aurea turbam, superis deorum
gratus et imis.*

Acaso fué este himno tan casto en su desnudez ebúrnea, tan dulce en la súplica y tan rico de unción, el que dió a los himnógrafos cristianos la idea de poner en la breve halda de esta femenina estrofa con alas, los grumos de incienso que, subidos al cielo, en lánguido vuelo se complace en oler el Señor.

Pero quien sin duda no se recató de descubrir el carácter horaciano de su poesía cristiana fué fray Luis de León. Su himno «A todos los Santos» es un calco genial de la oda que Horacio dedica a todos los dioses y a todos los héroes de Roma. Horacio invoca a Clío. Fray Luis invoca la Musa cristiana, y traslada a la Teología toda la Mitología que Horacio canta. El canto del lírico español es imagen de la voz del lírico romano. A Orfeo opone David. Al Pindo opone el Hermón. Y así como Horacio inaugura sus loores por los de Júpiter que gobierna las cosas de los hombres y de los dioses y atempera mar y tierra y mundo, fray Luis comienza por Jesucristo, Dios y Hombre y Restaurador del humano linaje.

El paralelismo continúa; y sigue el magnífico y tranquilo pugilato de los dos grandes poetas, árcades ambos, iguales en el cantar y en el responder. Horacio canta a la virgen Diana, y fray Luis, después de las acotumbradas loanzas del Hijo, con mejor plectro que Horacio, canta a la Virgen por antonomasia.

A Rómulo, padre de Roma, que celebra el lírico de Venusa, opone el poeta de Belmonte al fundador de la Roma segunda: a Pedro, pescador de Galilea, y tras de él va su confundador Pablo, que fue el Remo de la Roma en donde Cristo es romano.

Y luego ya sigue un noble par de mujeres cristianas: Magdalena y su lloro y el olor y tesoro de su nardo; Catalina, moradora del Nilo, tierna flor de saber, sepultada en el Sinaí, santa alteza de Arabia. Y a los austeros romanos viejos que Horacio exalta casi hasta la divinidad: Catón, Régulo, Paulo, Curio, Camilo, desgredados todos, callosos todos, y formados todos en la dura escuela de la pobreza, opone fray Luis los viejos padres de la fe: el rayo de Africa, San Agustín; San Jerónimo, el estridonés, sabio y elocuente, el panal romano de la boca de San Ambrosio; la boca de oro del doctor de Antioquía, el firme y gran San Basilio, columna ardiente en fuego, mayor que el ruego y que el miedo, y ante cuya rica boca se apoca la lengua de Demósteñes. El Marcelo de la famosa apóstrofe virgiana; el «Marcelo que será» en el himno de «Todos los Santos» es el pobrecito de Asís. Y el astro del divino Julio, que brilla como la



luna entre menores lumbres, es el abad de Egipto San Antonio, poblador del desierto.

El fraile agustiniano, el doctor salmantino, el autor de los «Nombres de Cristo» y de la «Exposición del libro de Job» y del «Cantar de los cantares», el traductor de los «Salmos», no hubiera puesto sus dedos, hechos al salterio de diez cuerdas, sobre la septicorde lira horaciana, si no la hubiese conocido digna de sostener el peso de Espíritu de Dios y de cantar el cántico nuevo.

ODAS DEVOTAS

Otros himnos tiene Horacio que corren musicales y sumisos como el agua, y tienen blanduras y murmullo de oración. Glicera ha aderezado en su casa un oratorio interior, blanco de nítidos mármoles, consagrado a Venus. Horacio es el encargado de escribir el himno de la dedicación de este bruñado templo doméstico. ¡Con qué dulzura y con qué simple aseo derrama la musa su ruego y sus votos! Leandro Fernández Moratín, uno de nuestros mejores horacianos interpretó así, lindamente, la odita *O Venus, regina Gnidi Paphique* :

Deja tu Chipre amada.

Venus, reina de Pafos y de Gnido,

que Glicera adornada

estancia ha prevenido,

y te invoca con humos que ha esparcido.

Trae el muchacho ardiente

y las Gracias, la ropa desceñida

y a Mercurio elocuente

y de Ninfas seguida

la juventud sin ti no apetecida.

En memoria de la batalla naval de Accio, el emperador Augusto dedica un templo a Apolo, en el mes de octubre del año 28 antes de Jesucristo. ¿Y qué creéis que le pide Horacio al dios nueva-

mente dedicado? Pues, ni nada menos ni nada más, que gozar de la perpetua sanidad del alma y del cuerpo. Deseos muy cristianos que todos los días elevamos al cielo con fórmulas litúrgicas. Claro que el *perpetua mentis et corporis sanitate gaudere* tiene otra expresión en la devota oda horaciana.

El poeta es tasado en sus deseos y no tiene alas su ambición ni hambre ni sed su avaricia. No le pide a Apolo las mieses de Cerdeña, ni los ganados de Calabria, ni el oro ni el marfil de la India, ni las vegas que el Liris (el Garigliano de hoy) muerde blandamente con sus aguas taciturnas. Pude enhorabuena sus viñas aquél a quien la fortuna se las dió; y el rico mercadante surque el Atlántico cada año tres veces y beba sus vinos que trocó con especias de la Siria. A él le basta una pobrecilla mesa abastada de olivas, de achicorias y de malvas que cría su campichuelo de la Sabina. Lo que pide al dios del templo inaugurado es esto tan simple:

Gozar de lo que ya tiene con integridad de salud y con integridad de alma; no arrastrar una torpe senectud ni carecer de su cítara.

LAS GRANDES ODAS RELIGIOSAS

Una desusada majestad religiosa respira todo el libro tercero. Allí encontramos las grandes odas cívicas, sostenidas por robustos pensamientos morales y religiosos. Allí está el monumento de bronce perenne que Horacio, con merecida vanidad, se preciaba de haber levantado: máximas de patriotismo fuertes y severas; imágenes plásticas y grandes como estatuas de una catedral pagana. No cuesta mucho trocar el Panteón en templo de Cristo. En alguna grande oda anterior, como la que consagra a la Fortuna:

O diva, gratum quae regis Antium...

ya había puesto en hilera, en los espacios del sereno intercolumnio, algunas de estas firmes ideas, que plasmadas con vigor en sentencias audaces y felices, se parecen a graves esculturas enhiestas en su tran-

quila inmortalidad. En esta oda se muestran tributarias de la Fortuna, la Esperanza y la Fe. Ved la estatua de la Fe:

*Te Spes et albo rara Fides colit
velata panno...*

La rara Fe (rara hoy y en todos los tiempos) la plasmó el cincel de Horacio velada en los anchos pliegues de un velo blanco. Esta Fe pagana ya es casi la Fe teologal; sólo que la Fe teologal se sube el velo a los videntes ojos. Esta oda tan fuerte, tan sentenciosa y tan religiosa es para mí la mejor de Horacio; más aún que aquella consagrada a Melpómene, y que comienza así: «*Quem tu Melpomene semel*», de la cual decía Escalígero que más quisiera ser autor de esta oda que no rey de la España Tarraconense. En ella hay severas y solemnes admoniciones contra la efusión de sangre civil y contra la avilantez de la impiedad.

Siete son las odas del libro tercero las que abren el libro selladas de majestad religiosa iluminadas por relámpagos de imágenes grandiosas, heredadas de Homero, pero que pudieran serlo de la Biblia, como aquel Júpiter sin igual y sin segundo, triunfador de los Titanes, y que conmueve con su ceño al mundo. Contienen graves doctrinas morales, como la de la estrecha pobreza que fortifica el alma y el cuerpo en su palestra dura, y recomendaciones severas de sigilo casi sacramental sobre los arcanos misterios, cuyo sacrílego divulgador no querrá el poeta ni debajo de un mismo techo ni embarcado en un mismo bajel. Allí se yergue, indomable bronce, el varón constante y justo, cuyos propósitos no tuerce el ceño del tirano y sobre quien se desplomarían hallándole impávido las ruinas del orbe. Allí se proclama la vanidad de la fuerza sin sexo, que se rinde a su propia pesadumbre. *Vis consili expers mole ruit sua.*

Allí proclama Horacio el credo de su fe en un dios omnipotente, rey del cielo:

*«Caelo tonantem credidimus Jovem
regnare...»*

Allí profesa el credo de la expiación indeclinable que pasa de progenie en progenie: *Delicta majorum immeritus lues-Romane*.

Entre esta majestuosa teoría de odas solemnes y severas, adustas y sonantes como los bronces cristianos, hay dos lindísimas oditas, dos exvotos gentiles hechos el uno a devoción de Fauno y el otro a devoción de Diana. En la odita a Fauno aparece descrita en colores tiernos una fiesta rural, que por las nonas de diciembre la aldea de Mandela, la Bandela de hoy, en cuya proximidad tenía Horacio su granja sabina, consagrada al dios agreste, perseguidor de ninfas fugitivas y guardador de rebaños y cosechas. Es un cuadro lleno de fresca y sana alegría popular, rociado de tintas risueñas y apacibles, no desemejante del que ofrecen aun hoy las romerías aldeanas en torno de alguna vieja ermita o santuario local.

En la misma luz blanda y halagüeña que respira la oda, el pintor de Fuentetodos bañó algunos de sus cuadros campestres. La oda a Diana es breve y minúscula como un camafeo o como un esmalte. Es un epigrama votivo, por el cual consagra a la diosa virgen, guardiana de montes y de bosques, un gran pino que domina su casa de campo. El poemita delicioso, a manera de inscripción, pudiera holgadamente escribirse en un cacho de la corteza del pino sagrado.

Pero la oda de más sutil y tierna emoción religiosa es la que dedica a Fídile, la vigésimatercia del libro tercero: *Caelo supinas si tuleris manus*. Fídile es un nombre simbólico que vale tanto como decir: *la que con poco vive*. Pudiera ser el nombre efectivo y real que llevase alguna aldeana, devota y pobre, amiga de Horacio; acaso era la *villica* o cortijera que cuidaba de su granja, o alguna mujer rústica de su vecindad. Acongojábase quizá porque en su pobreza no podía ofrecer a los dioses víctimas pingües. Horacio tranquiliza su pecho sencillo escribiendo para ella esta oda dulcísima. Es la pureza de las manos y la pureza del corazón lo que comunica méritos a las ofrendas más humildes. Estas le aseguran mejor la protección de los dioses que no lo hicieran los más suntuosos sacrificios y las más ricas hostias:

*Al cielo, si las manos levatares
y los ojos, Fídile, vergonzosos,
si con votos piadosos
sus iras aplacares,*

*no sentirá los austros pestilentes
tu vid, ni las langostas tu sembrado,
ni los hielos tu prado,
ni los soles ardientes.*

*El rico, a quien el oro ensoberbece
diez escogidas vacas, las más gruesas,
que pastan sus dehesas
a Dios en voto ofrece.*

*A ti, de un hogar pobre humilde dueño
no toca, no, tan ambiciosa ofrenda;
darle has la mejor prenda
de tu redil pequeño.*

*Que si imploraren su deidad, ajenas
tus manos de venganza y de codicia,
hallarla han más propicia
que las del rico, llenas.*

Así interpretó, en la blandura de estas estrofas, Francisco de Medrano la oda que el dueño de la granja sabina compuso para la devota aldeana de Mandela o de Vicovaro, que a sus pequeños lares ofrecía no más que guirnaldas de romero o mirto, ofrenda aceptable y grata al cielo, porque eran puras las manos que la ofrendaban y alegre e inocente el corazón que las empapaba en su calor.

EL CANTO SECULAR

Horacio, en su epístola a Augusto, vindica el carácter sacerdotal y la formación moral de la juventud para los liróforos a quien ama Apolo :

¿De quién habrían los sagrados himnos

aprendido doncellas y mancebos

si poetas las Musas no formaran?

Por ellas, el auxilio de los cielos

implora el coro, que conoce al punto

que los dioses se rinden a sus ruegos :

la lluvia arrancan los suaves cantos,

la enfermedad alejan y los riesgos,

la dulce paz recaban y consiguen

la abundancia que colma los graneros :

con los versos por último se aplacan :

los dioses del Olimpo y del Averno,

Llegó un tiempo en que Roma debía cantar un himno que llegase al cielo. Preceptuaban los versos sibilinos que al llegar el tiempo del sagrado centenario que en los días de la segunda guerra púnica, tras el vencimiento y muerte de Asdrúbal, celebróse por primera vez y cuyo himnógrafo fué el venerable poeta arcaico Livio Andrónico; que un coro alterno de mancebos y de doncellas entonasen un canto en loor de los dioses que tenían sus complacencias en la ciudad de los siete collados. Y este tiempo retornó en los días de Augusto que quiso festejar las seculares celeridades con una inaudita magnificencia. ¿Cuál sería el poeta, portavoz de aquel gran pueblo y de aquel momento grande? El que todos proclamaban como tañedor de la lira romana: *Romanae fidicen lyrae*; el que todos señalaban con el dedo: *Monstror digito praetereuntium*. No podía ser otro. Cinco años hacía que Virgilio había muerto. No había opción. Tenía que ser Horacio. Y fué Horacio quien entonó el *Carmen Saeculare*, el canto de los siglos que iban a fenecer ante los umbrales de

los siglos nuevos. En tal coyuntura Horacio prestó su grande corazón romano. La designación le halagó en sus más nobles fibras. Mientras le iba componiendo e iba escandiendo sobre las recias cuerdas los vocablos de bronce, el poeta inspirado conocía que Febo era presente a la callada elaboración :

*Spiritum Phoebus mihi, Phoebus artem
carminis nomenque dedit poetae...*

Para estas solemnidades jubilares, el universo mundo acudió a Roma : *Orbis in Urbe fuit*. Augusto, con un tranquilo ademán de su brazo, era capaz de poner en comunicación todas las gentes. Dieciséis años más tarde ordenará la universal inscripción que hará que el Hijo de Dios nazca en Belén, villa profetizada.

Heraldos anunciaron estas religiosas celebridades, que debían durar tres días y tres noches : la postrera del mes de mayo y las dos primeras del mes de junio ; pero no sin previas purificaciones. Los días 26, 27 y 28 de mayo los ciudadanos acudieron a recibir de manos de los Quindecimviro los necesarios elementos lustrales : antorchas azufre, betún. Los días 29, 30 y 31 los ciudadanos aportaron, a su vez, las primicias de los frutos de la tierra : trigo, cebada y habas. Y por la noche de aquel día comenzó el inolvidable Triduo, que no caerá de la memoria de los hombres. Las ceremonias nocturnas, celebradas sobre una tierra consagrada por la tradición, tuvieron una majestad sombría y una grandeza antigua. En la primera noche, honróse a las Parcas ; Augusto y Agripa inmolaron a cada una de ellas tres ovejas y tres cabras. En la segunda fueron honradas las Ilítias : se les ofrendaron quesos, miel y perejil. En la tercera sacrificóse a la Tierra —*Terra Mater*— una puerca llena. Antorchas innúmeras, sostenidas en alto por esclavos, iluminaban el campo de Marte. Así, con este lenguaje simbólico, Augusto pidió al mundo de la muerte, que es el laboratorio de la vida, la irrestañable fecundidad. No menos grandiosas fueron las solemnidades diurnas. El primer día, Augusto y Agripa sacrificaban a Júpiter, en el Capitolio, un buey blanco. El segundo día sacrifican a Juno Capi-

tolina una ternera. El tercer día, en el Palatino, dentro del propio templo de Apolo, que era como la capilla del palacio imperial, ofrecen a Apolo y a Diana tortas sagradas. Toda esta imponente liturgia entra en el «Canto Secular» de Horacio, que fué cantado el tercer día por veintisiete mancebos y veintisiete doncellas, todos de familia noble y con padres y madres vivos. Ante el blanco templo de Apolo, como un bando de palomas, vuela el giro de las voces blancas. Así interpreta el himno el Menéndez Pelayo de los ensayos poéticos de su mocedad :

*«Oh siempre honrados y honorandos, Febo
y tú, Diana, que en los bosques reinas,
lumbres del cielo, en estos sacros días,
gratos, oídnos.*

*Hoy que, al mandato sibilino, ensalzan
vírgenes castas y selectos niños
a las Deidades que los siete montes
miran propicias...»*

Mas se deshace el haz de voces frescas, y ahora son los muchachos romanos quienes cantan invocando al Sol, padre del Universo :

*«¡Sol, que conduces en fulgente carro
vario y el mismo, sin cesar, el día :
nada mayor que la romana gloria
miren tus ojos...!»*

Ahora son las niñas romanas que, con pura voz y en su cándida ignorancia, rezan a Ilitia, diosa de los nacimientos :

*«A las matronas en el parto agudo
Ilitia diestra con amor protege...»*

Y el coro alterno sigue pidiendo a las Parcas hados estables: a Ceres, espigas colmadas, y a Apolo y a Diana, autores de Roma, en unión de voces y de corazones:

*«Que fe y honor y castidad retornen
y la virtud que de la tierra huyera,
y la abundancia que del cuerpo opimo
bienes derrama...»*

Halagándose, tal vez, con los mejores augurios y llevándose a su casa y a su patria la esperanza cierta de que los dioses que en los Siete Collados se complacían, habían de oír y ratificar las preces de Horacio que prometían el retorno de otras fiestas seculares, se disgregó la congregación enorme. Pero no; las fiestas que volverían, pasados muchos centenarios, no se llamarían seculares, sino que se llamarían «jubilares». Y el impulso que movería las muchedumbres, camino de Roma, sería otro. Y el himno que cantarían los pueblos trashumantes que se llamarían «peregrinaciones», componíalo bajo su cogulla, en un sombrío monasterio de la Germania, un bárbaro poeta que no unía oro con marfil, sino hierro con hierro:

*Oh Roma nobilis, Orbis et domina
Cunctarum urbium excellentissima,
Roseo martyrum sanguine rubea,
Albis et virginum liliis candida...*